

Esclavitud femenina y erotismo en el Mediterráneo áureo

Steven Hutchinson
Universidad de Wisconsin--Madison

Entre los millones de esclavos musulmanes y cristianos del mundo mediterráneo del XVI y XVII figura un sustancial número de mujeres y niñas, víctimas de la guerra y del corso. Por distintas razones, y a diferencia del caso de los hombres esclavos (aunque no tanto de los niños y adolescentes masculinos), no muchas de estas mujeres volvieron a sus países de origen. Las mujeres, en efecto, estaban por lo general bastante más cotizadas que los hombres en países musulmanes y cristianos. Curiosamente, las esclavas niñas, adolescentes y mujeres berberiscas y sobre todo turcas eran las más valoradas en la península ibérica, mientras que los esclavos musulmanes masculinos –y ¡sobre todo los turcos!– eran los menos valorados, muy por debajo de otras categorías como *negros*, *mulatos*, etc.: para el dueño cristiano, no era lo mismo tener en casa una esclava *blanca* que un *enemigo* turco o berberisco (Stella 2000, 102-05). Asimismo, por el lado musulmán, muchas mujeres de origen cristiano, igual que niños y adolescentes, no eran rescatables porque sus dueños se negaban a ponerlas en el mercado: a menudo los dueños –entre los que se destacaban los *renegados*– procuraban casarse con ellas, poniendo como condición que se convirtieran al islam y, de esta manera, gran parte de las cautivas acababan integrándose mediante el matrimonio en la sociedad berberisca o turca. Evidentemente, esclavas y esclavos en ambos lados del Mediterráneo compartían todo lo que suponía la falta de libertad en un territorio política y religiosamente hostil a su país de origen: no sólo sufrían la tiranía de *no ser suyos* (o *suyas*), como define Covarrubias al esclavo, sino que también eran susceptibles de ser sometidos a trabajos insalubres, a castigos, a presiones para cambiar de religión, además de estar expuestos a diversos grados y tipos de coacción sexual, etc. Y sin embargo, tanto los testimonios históricos como los textos literarios nos dan a entender que las mujeres y los hombres experimentaban el cautiverio/esclavitud de modo intrínsecamente diferente. Aunque hay que tener en cuenta múltiples factores, todo indica que la atracción erótica de las mujeres de cara a sus compradores o dueños masculinos desempeñaba una función muy importante en estas diferencias.

Cuando se trata de hablar de cautivas/esclavas, los textos literarios y no literarios suelen centrarse en mujeres jóvenes y guapas. La mera mención de una esclava o cautiva (palabras muchas veces intercambiables, aunque con distintos matices) tiende a evocar, si no se especifica otra cosa, la imagen de una mujer sexualmente apetecible dotada de un exotismo que intensifica su poder seductor para los hombres libres de su entorno. De acuerdo con textos de índole muy diversa, el hecho de la esclavitud y, por ende, el que la cautiva se convierta en posesión de su dueño, crea una sensación de enorme excitación por parte del que la puede adquirir por fuerza o dinero. No obstante, la realidad sería bien distinta en muchos casos, por lo menos en los países

musulmanes, ya que este “instrumento con voz” (como definía Aristóteles al esclavo) tenía, además de la voz, una voluntad propia que podía impedir que el dueño realizara sus sueños y deseos. Si la cautiva no quería convertirse al islam o ceder a las solicitudes del dueño, poco podía hacer éste a menos que estuviera dispuesto a violentar esa voluntad, y los textos históricos (a diferencia de los literarios) dan muy poca evidencia de semejante atropello. En la cristiandad, sin embargo, existían muchas menos opciones de matrimonio e incorporación en el ámbito social, y parece que los dueños de cautivas musulmanas podían hacer más o menos su voluntad con ellas. Varios estudios sobre la esclavitud en España y Portugal asumen que entre las diversas funciones que desempeñaban las esclavas se incluirían en muchos casos relaciones sexuales con el dueño.¹

Las frecuentes escenas de regalos, compras y posesión de esclavas desde la literatura antigua atestiguan una marcada erotización del cuerpo femenino esclavizado. La presentación de cautivas/esclavas a los grandes guerreros o jefes militares supone un gran obsequio por parte de los donantes y una oportunidad de vislumbrar el carácter y temperamento de los que reciben el regalo. Por otra parte, la subasta de esclavas en el mercado puede excitar grandes pasiones entre los que desean comprarlas, alcanzando precios al parecer desorbitados. Tal es por supuesto el caso de la venta de Leonisa en *El amante liberal* de Cervantes, pero otros textos áureos también representan este drama erótico-mercantil. Asimismo podríamos recurrir a textos anteriores como por ejemplo una carta que envía el escritor andalusí Abū Bakr al-Barḍa‘ī (siglo XIII) a su amigo Abū l-Baqā’ al-Rundī, en la que cuenta cómo fue al mercado de esclavos y quedó extasiado al contemplar una esclava de extraordinaria belleza sensual a quien describe con detalles a la vez poéticos y palpablemente físicos. Luego viene la subasta:

Las gentes rivalizaban en alargar el cuello para verla, y ofrecían por ella grandes sumas. Los ricos estaban dispuestos a valorarla en mucho e iba subiendo de precio. Todos pujaban para lograr el objeto de sus deseos, hasta que vino un mozo, sincero en su amor, que no reparaba en dilapidar su fortuna para salvar su corazón. (De la Granja 163)

Se puede imaginar cómo quedó nuestro autor, quien ruega a su amigo: “Pon pronto remedio antes de que veas a tu amigo caído, muerto de amor, y cómprale una esclava antes de que tengas que arrepentirte por haberlo dejado morir.” Si bien la carta es una especie de broma que le da al autor la oportunidad de ejercer su destreza literaria en la descripción de una voluptuosa mujer –y el amigo responde en tono igualmente jocoso

¹Véanse, por ejemplo, los estudios de Alessandro Stella, Françoise Orsoni-Avila y Bernard Vincent. Véanse también los ensayos de María Soledad Carrasco Urgoiti y de Emilio Sola sobre cautivas. Por otra parte, Irvin Schick ofrece un fascinante análisis de las relaciones entre alteridad y erotismo, sobre todo a partir del siglo XVIII.

con una descripción parecida de otra muchacha que le pueda servir–, el intercambio epistolar sintoniza con una tradición que encarece al máximo el aura erótica de la esclava en venta.

No olvidemos que en muchos textos de los Siglos de Oro que narran historias de amor los amantes mismos asumen en sentido figurado el papel de *esclava/esclavo* o bien *cautiva/cautivo*, sin que haya casi ninguna distinción entre *esclava* y *cautiva* porque en ambos casos se trata de una entrega total a la voluntad de la persona amada. Don Quijote se considera caballero *cautivo* de Dulcinea, Abindarráez se llama *cautivo* de Xarifa y ella también se declara *cautiva de amor*. Se desdobra el concepto cuando hay cautivos de verdad, de manera que los amos pueden ser *cautivos* de sus cautivas, y las amas *cautivas* de sus cautivos, como cuando la turca Arselinda le dice al Albanés –cautivo cristiano– en un poema del *Romancero general*: “Sólo pretendo que entiendas / que soy tu esclava y cautiva / para en cuanto me mandares, / sin reservar alma y vida” (nº 451). En sentido parecido, en el *Bernardo* de Bernardo de Balbuena se afirma: “Aquí el amor me dio el primer asalto; aquí me cautivé de una cautiva” (146). Cervantes también juega repetidas veces con esta paradoja, v.g., en *El trato de Argel*, donde Yzuf le dice a su esclava Silvia que Amor “me ha hecho esclavo de mi esclava, / esclava que es mi señora” (vv. 1085-86). Así el lenguaje amoroso interioriza el erotismo inherente al absoluto desequilibrio de poder y de derechos que existe en el cautiverio y la esclavitud.

María de Zayas llevará esta voluntaria autoentrega a la esclavitud amorosa a un extremo de complejidad en los *Desengaños amorosos*, donde una esclava mora llamada Zelima, que parece “una princesa de Argel, una reina de Fez o Marruecos, o una sultana de Constantinopla” y tiene “a los galanes rendidos a ella, pues hubo más de dos que, con los clavos del rostro, sin reparar en ellos, la hicieron señora y poseedora de su persona y hacienda, y aun se juzgaran indignos de merecerlo” (124), narra la primera novela de la serie, *La esclava de su amante*. En realidad se llama doña Isabel Fajardo y cuenta cómo, después de ser violada y abandonada por don Manuel, por *fineza* consigue hacerse vender como esclava mora, considerándose a sí misma “esclava, no de los dueños que me habían comprado y dado por mí la cantidad que digo, sino de mi ingrato y alevoso amante, por quien yo me quise entregar a tan vil fortuna” (153). Como más adelante se lo explicará a don Manuel, su esclavitud va más allá de quitar y poner identidades:

Zelima soy, no doña Isabel; esclava soy, que no señora; mora soy, pues tengo dentro de mí misma aposentado un moro renegado como tú, pues quien faltó a Dios la palabra que le dio de ser mío, ni es cristiano ni noble, sino un infame caballero. Estos hierros y los de mi afrenta tú me los has puesto, no sólo en el rostro, sino en la fama. Haz lo que te diere gusto, que si se te ha quitado la voluntad de hacerme tuya, Dios hay en el cielo y rey en la tierra, y si éstos no lo hicieren hay puñales, y tengo manos y valor para quitarte esa infame vida. (157)

Después de ser capturada junto con don Manuel y otros por corsarios argelinos cerca de Sicilia, se rescata ella misma y no es tratada como esclava, a diferencia de los demás cristianos, pero se escapa con ellos y pasa por numerosas peripecias –incluido el asesinato de don Manuel, su segunda y voluntaria puesta en venta como esclava y su compra por parte del tío mujeriego de Lisis que la intenta seducir– hasta ser entregada como esclava a la anfitriona Lisis, en cuya casa declara que tiene intención de entregarse a Dios como “esclava de su Amante”. Paradójicamente, doña Isabel no empieza a tomar control de su destino hasta que se convierte voluntariamente en esclava comprada. Las fingidas marcas de la S y clavo en su cara y la asumida identidad mora le permiten ser o no ser esclava según le convenga por ambos lados del Mediterráneo. Tal juego de dominio desde la debilidad de la esclavitud es una excepción, aunque se dan otros casos tanto históricos como literarios de esclavas/cautivas que saben aprovechar al máximo sus poderes. Zelima, sin embargo, no consigue solucionar su dilema amoroso mediante su esclavitud voluntaria, y al final rechaza a todos los hombres y se entregará como esclava al Esposo al entrar en religión: su intento de ejercer el control de la situación desde la vulnerabilidad e indefensión de la esclavitud la han terminado convirtiendo en una esclava crónica, herrada en el alma. Si bien ha fallado Zelima en su intento de recuperar el amor de su ex-amante/violador, es evidente que su apropiación de una identidad de esclava mora y su paso por Berbería aumentan sus encantos eróticos para su dueño actual y los hombres españoles.

En el imaginario cristiano-europeo de la época, las cautivas/esclavas abren un espacio de erotismo y sexualidad distinto a los del matrimonio, la prostitución y el adulterio, entre otros. El que una mujer joven y guapa sea esclava, moderadamente exótica de cuerpo y atuendo, y musulmana de religión y tierra de origen, crea las condiciones *idóneas* para ese espacio erótico-sexual desde la perspectiva de los compradores masculinos de esclavas –y los precios altísimos de las esclavas musulmanas lo confirman. Poseer a una mujer como propiedad, adquirida como mercancía o botín o regalo, ya supone un gran poder sobre esa esclava que, cuando fue capturada, “perdía libertad de cuerpo y la patria”, en palabras de Miguel de Castro (35). Este espacio erótico-sexual parece favorecer una alteridad más bien atenuada, como es el caso de las relaciones cristiano-musulmanas en el Mediterráneo: pueblos reconociblemente emparentados aunque distintos, culturas contrastadas pero de ninguna manera opuestas, un trasfondo de religiones y bloques geopolíticos encontrados pero no contrarios. Para los cristianos europeos, las esclavas *blancas* reúnen todas estas características más deseables. Además, el hecho de que sean musulmanas justifica que se las trate como esclavas, como propiedad exótica erotizada, sin que se apliquen las normas de otros tipos de relaciones sexuales vigentes en los países cristianos. Las esclavas proporcionan un espacio erótico-sexual *extraordinario* y excepcional.

Veamos el caso de una esclava llamada Mina, en la *Vida* de Miguel de Castro. En

un texto cuyo hilo conductor es más que nada una serie de historias amorosas y sexuales, el episodio de Mina figura como quizás el más singular y significativo de todos, a pesar de que Castro dedica dos tercios de su libro a sus aburridas escapadas para acostarse con la cortesana española Luisa de Sandoval en Nápoles. De hecho, este joven soldado nos cuenta muy poco de sus campañas militares, aunque sí relata con mucho detalle una *razzia* que hace su flota de 14 galeras en el puerto albanés de Durazzo (hoy Durrës). Lo insólito de este pasaje es que cuenta con horror cómo las mujeres se tiran desde el castillo a su muerte, los soldados las matan con sus hijos y el propio Miguel salva a un niño que un compañero iba a matar, y otras cosas *dignas de abominación*. Aunque esta expedición constará como un éxito militar, Castro no vacila en condenar las atrocidades de sus compañeros y expresar profunda simpatía hacia las víctimas. Resulta que en su barco “venían once esclavos varones y veinte y seis mugeres entre chiquillos y grandes, que había algunas criaturas. Entre las mugeres había dos: la una llamada Fátima, de buen cuerpo y bello rostro, blanca como un alabastro, y dos claveles en cada mejilla” (34-35) –y sigue una minuciosa descripción de esta hermosa y exótica esclava, a quien Castro intenta proteger contra los dolorosos y degradantes abusos de otro soldado. Pero Fátima desaparece casi en seguida: “La esclava la pidieron luego el Sr. don Diego y don Gerónimo Pimentel, y fue fuerza dársela”, lo cual nos deja entrever cómo las autoridades más altas se apropiaban de las cautivas más deseables (igual que en tierras musulmanas). Pero es curiosa la reacción de Castro, a quien le suelen gustar mucho las mujeres desenvueltas: “Verdaderamente me pesó, aunque mostraba ser algo demasiado desenvuelta, y en tal medida, que habiendo tan poco que era esclava, y fuera de su tierra, y que no conocía a ninguno de los nuestros, denotaba y daba indicios de muger desenvuelta y libre demasiado, y no de buena congetura” (36).

Todo lo narrado sobre la *razzia* y Fátima prepara el terreno para introducir a Mina, tan bella como Fátima pero más recatada, y esta cualidad de pudor aumenta sus encantos:

La otra que he dicho de las dos hermosas no era tan blanca como ésta; era un poco trigüeña, no mucho, de suerte que no era muy blanca ni era morena; cabos negros y ojos negros y de buen tamaño. Las faciones mejores que la otra, y sobre todo una modestia y humildad acompañado con una vista grave y vergonzosa que sola bastaba a dar a entender ser persona de calidad, como lo era. Esta se llamaba Mina, y confieso mi flaqueza, que me rindió la voluntad de suerte que aun hay reliquias, con haber pasado seis años, y no tan olvidadas ni tan pocas que no basten a durar muchos. (36)

La relación entre Mina y Miguel se desarrolla mientras ella es transferida de casa en casa y de dueño y dueño, y se caracteriza por ingredientes de condolencia, cariño, amor, amistad y erotismo, aunque nunca habrá relaciones sexuales entre ellos, no

porque no quieren sino porque no pueden, y esto produce una sostenida tensión erótica a lo largo del episodio, que dura desde el verano de 1606 hasta el verano siguiente, aproximadamente. Según el texto, Miguel tendrá unos 16 años en este momento² mientras que Mina tendría 22 años y estaría siempre acompañada de su hija de 5 años, lo que no supone ningún problema para Miguel ni para ninguno de los dueños: a nadie le parece interesar ni importar su vida familiar o sus relaciones sexuales antes del cautiverio ya que la ven ahora como una esclava sexualmente transferible a nuevos dueños. Según los otros esclavos –en el único pasaje de la *Vida* donde se interesa por la genealogía de una mujer-amante–, es nieta del visir de Albania Sultán Amet Agá e hija de Viquir Agá, “theniente que fue gobernador de dicha provincia, en tiempo de Agá Mahamut, visir della” y castellano de Durazzo, entre otros cargos. Sin embargo, a pesar de ser de una familia poderosa, en ningún momento se habla de la posibilidad de su rescate ni de negociaciones con sus familiares: aunque es transferible entre dueños cristianos, no es rescatable porque vale mucho más que un precio de mercado, por alto que sea. En realidad no se paga tanto por ella las veces que es vendida, pero parece que sólo se permite a unos pocos comprarla: no la puede adquirir un comprador cualquiera, por rico que sea.

Miguel de Castro puede tener este amor/amistad con Mina precisamente porque ella es *esclava* pero no es *su* esclava. Desde luego, Castro no alude a relaciones sexuales entre Mina y sus sucesivos dueños, pero es imposible creer que no las haya. En efecto, está bien documentado el itinerario de Mina como esclava transferible. Primero la captura en Durazzo por parte de un soldado: “Esta fue presa de un soldado de la compañía, ordinario” –pero Castro escribe en el margen, probablemente muchos años después (quizás en 1617, cuando añade otras anotaciones suyas), “por mis manos”. ¿La capturó él, entonces? En tal caso, ¿por qué no decirlo en el texto de su libro, escrito en 1612? Teniendo en cuenta la masacre que describe en Durazzo, capturarla podría salvarle la vida, pero también supone quitarle “libertad de cuerpo y la patria”, i.e., condenarla a una vida de esclavitud, lo que sería difícil reconocer por parte del que tanto la ama.

En cualquier caso, el primero en querer poseer a la esclava es Antonio de la Haya,

²Antonio Paz y Melia, editor de esta edición de 1900, discute las evidentes anomalías cronológicas que surgen del hecho de que el autor dice que nació en 1593: “¿Cabe admitir que un chico de once años [cuando llega como soldado a Italia en 1604] realizase tan estupendas *hazañas*? Pues esa era su edad, si es cierta la fecha de su nacimiento, el 24 de febrero de 1593. Si se supusiera una equivocación de la decena 93 por la de 83, la dificultad quedaba resuelta; mas al referir luego los sucesos de 1609 dice que tenía poco más de diez y nueve años, lo cual da para el nacimiento fecha aun más inverosímil, el año 1590. Habrá que convenir en que, o perdió los memoriales cuando escribía su vida, o en que por alardear de juventud desfiguró la verdad.” Randolph Pope y Margarita Levisi opinan, en cambio, que la fecha de nacimiento más verosímil es, en efecto, 1590.

capitán de la compañía de soldados de Castro que la ha capturado: “desde la noche después que salimos de Durazo el capitán tuvo deseo de compralla” (36). Pero lo tiene muy difícil, tanto por sus superiores como por los otros competidores, como indica este pasaje muy revelador sobre la compra de esclavas:

Llegamos a Mesina, a donde por orden del General se llevaron todos los esclavos y esclavas a la capitana, que serían todos ciento y setenta. Allí se pusieron en compra, después de haber escogido el marqués [de Santa Cruz] y los señores dos hermanos [don Diego y don Gerónimo Pimentel] los que les pareció. Y no se les olvidó en el tintero *la que yo deseaba que fuese a parte donde estuviese comunicable, que el Marqués la quiso luego para sí, y el Capitán le pidió que le hiciese merced de dejársela para él, pues la pagaría, y que era de las que su compañía había tomado.* El Marqués *no porfió, aunque sé yo que le pesó harto, y al Señor Don Diego Pimentel [...]. Muchos echaron el ojo a ella después que el Marqués la dejó con propósito de dar por ella lo que fuese posible.* El capitán Antonio del Haya, *viendo que todos echaban el ojo a ella y que le costaba ya el quitársela de las uñas a los gavilanes grandes por vía de súplica, y que los otros capitanes la perseguían, dijo en medio la popa de la capitana en presencia del marqués y de todos los señores y capitanes en alta voz: “Señores, esta esclava la tomó mi compañía, y ya me cuesta mi vergüenza el pedir al señor marqués que me la deje. No tienen que andar tras ella para compralla, que si supiese que me ha de costar dos mil escudos, no la ha de llevar nadie.”* Todos callaron y se eximieron de la compra, y así el capitán la compró a ella y otra niña de cinco años, su hija, en noventa escudos. No recibí yo poco gozo en ello y luego la hize llevar a galera y de allí a tierra a palacio, al aposento donde posaba el Capitán, a ella y a la chiquilla. (37)

Durante las ausencias el capitán la deja bajo la custodia de un señor y luego otro –y sus esposas–, siempre con otras esclavas. Pero cuando el capitán muere de una herida de guerra, Mina y su hija son heredadas por un hermano, Juan de la Haya, quien vive en Valladolid y pide a un primo suyo que ejerce de auditor en Italia que las ponga en venta, lo cual hace enseguida. Castro va a visitarla y nos hace vislumbrar cómo ella se encuentra en almoneda: “Sentía que la vendiesen, y como era bozal, y no debía conocer mi poca posibilidad, me decía que la comprase yo, como si fuera mercader muy grueso, o algún príncipe. Yo la desengañé de aquella dubda, si es que la tenía. Pidióme encarecidamente que en todas maneras do quiera que fuese procurase vella” (72). La venta de Mina acaba separándola de su hija y precipita una serie de transferencias que no son otra cosa que regalos entre nobles: “Dijéronme estaba en casa de don Juan de Benavides que las *había comprado todas dos en ducientos y ochenta escudos.* Fui a casa de don Juan por vella, y no estaba allí, que *las había enviado ya*

presentadas, la una al Marqués de Santa Cruz, general de las galeras, la chica, y la grande, en casa del Conde de Benavente, que la presentó al Sr. don Juan de Zúñiga, que se holgó muchísimo del presente, y la quería muchísimo, porque era, como digo, muy hermosa” (72-73). Mina recibe lecciones de labores, se aloja en el palacio virreinal de los condes de Benavente en Nápoles y, al enfermarse, se convierte al cristianismo con el nombre de Inés. Una inesperada nota marginal muy al final de la *Vida* indica que Mina/Inés vivirá después en España y será vendida otra vez: “En Benavente, a ella y otras, por desmanes que hicieron en casa del conde, las vendieron en Granada” (231). En resumen, Mina es capturada en Durazzo, comprada por el capitán y heredada por un hermano suyo, quien encarga su venta; es comprada de nuevo por don Juan de Benavides, quien se la regala al Conde de Benavente, y éste a su vez se la regala a don Juan de Zúñiga, aunque parece que ella permanece con los condes y mucho después será vendida en Granada. A diferencia de lo que solía pasar con las esclavas en tierras musulmanas, a nadie se le ocurre hablar de matrimonio. El caso de Mina ilustra los procedimientos por los que las esclavas pasan como lujosa propiedad sexual de un dueño a otro –nobles y ricos, incluyendo la más alta nobleza–, sobre todo mediante ventas y regalos.

A pesar de la inhumanidad de este sistema desde la anulada voluntad de la esclava, no se puede descartar que Mina sienta algún afecto hacia uno y otro de sus dueños, ya que Castro cuenta cómo ella llora la muerte del capitán (muerte que, por supuesto, tiene consecuencias para ella). Pero en cierto sentido el itinerario de casas y dueños no es más que el trasfondo de la relación erótico-amorosa que Miguel de Castro tiene con ella, una relación fundada –por lo que se desprende de su *Vida*– en una plena intersubjetividad entre los dos, en un afecto mutuo, en la situación de debilidad de los dos, y en la estima recíproca, entre otras cualidades. Hasta su mutua incapacidad de comunicarse los une: “ella era bozal y yo también en su lengua” (36). Por otra parte, no hay duda de que lo que Antonio Paz y Meliá llama “los platónicos galanteos con la esclava turca Mina” (vi) no son precisamente ni platónicos ni galanteos. Se trata más bien de una relación cargada de erotismo, frustrada por la vigilancia de todo el mundo y finalmente deshecha por la inaccesibilidad de Mina.

Un día estando el Capitán fuera de la posada, yo me quedé en casa, y estábamos yo y las dos esclavas [Mina y su hija] solos. *Ella estaba echada sobre mi cama, y yo sobre la cama mesma, echada la pierna por encima de las suyas, empero de los vestidos, y yo vestido, y la puerta estaba abierta.* Y entró don Pedro de Acuña y nos vio y se volvió afuera, y topó en palacio al capitán, y *díjole que yo estaba con la esclava cabalgándola,* y buen romance, y que él lo había visto por sus ojos. (38)

Castro consigue apaciguar al capitán, aunque no sin que le riña. Después de una ausencia de Nápoles –y la muerte del capitán– Miguel de Castro vuelve a verla en casa de Sancho de Estrada. Obsérvese la conducta de Mina y Miguel delante de la señora

de la casa:

Ella se arrojó así como me vio con los brazos abiertos, *como si fuera mi hermana*, y con los ojos corriendo infinitas lágrimas, y me abrazó y me tuvo apretado un gran rato, significando lo mucho que sentía la muerte de su amo, que era tanto que *no la dejaba demostrar el gozo de verme*. Estaba delante la muger de Sancho de Estrada y una cuñada suya, que se espantaron harto, tanto de ver el sentimiento que hacía, aunque aquello era ya ordinario cada día y cada noche desde que supo la muerte del capitán antes que nosotros llegásemos [...]; y *a no estar las personas que digo delante, y otras de la casa, pasara más adelante; pero ya que no se podía otra cosa*, vueltas las espaldas hacia la gente, me tomó las manos y me las apretó estrechísimamente y yo a ella ni más ni menos. Después de haber gastado más de media hora en llantos y *encubierto gozo*, con mayores estremos de todo nos despedimos, pidiéndome que en ninguna manera dejase de vella cada día las más veces que fuese posible. [...] Era tanto lo que la quería y ella a mí, según mostraba, que la vez que no la vía, hacía mil imaginaciones y mil pensamientos y máquinas. (59)

Más adelante volverá a hablar de “nuestro progreso amoroso” y de sus visitas “de médico, que a su enfermedad lo era”, de los jarabes y frutos que le regala para “la sed intrínseca que tenía en el alma” y su “gusto corporal”: “Estaba yo también muy gozoso, entretenido assimismo y pasando mis obscuras esperanzas, cuando sobrevino un nublado que las escureció más” (71-72).

A Castro le gusta demostrar que las mujeres (e incluso hombres como sus amigos o sus dos capitanes) *le quieren*, pero aquí la entrega amorosa se representa como enteramente mutua. Hombres poderosos poseen a Mina como esclava y otros muchos la codician, pero el único que tiene su corazón es Miguel, soldado ordinario. Es un amor de alma y cuerpo acentuado por el exotismo de Mina, sublimado por su recato y la vigilancia de los demás y agudizado por el patetismo de su inviabilidad, ya que en última instancia los dos amantes carecen de control sobre su presente y futuro porque ella es esclava. Evidentemente, hay distorsiones e incomprensiones (y quizás aspectos ficticios) en este episodio como las hay en toda autobiografía –e incluso más en este caso por las barreras culturales–; aún así, la *Vida* de Castro, a través de la empatía del autor-protagonista, nos ofrece un vivo retrato de esta esclava en sus trágicas circunstancias.

La historia de Leonisa en *El amante liberal* de Cervantes proporciona un interesante contrapunto ficcional al episodio de Mina. Curiosamente, el texto cervantino ve la luz el año después de que Miguel de Castro va componiendo sus memorias en Malta. Se recordará que Leonisa, noble cristiana siciliana, es capturada en una razzia por el renegado griego Yzuf, quien participa en negociaciones para venderla caro pero en el fondo no está dispuesto a hacerlo, quedándose con ella en el

reparto de cautivos “con intención de volverla mora y casarse con ella” (149). Muere Yzuf en un naufragio, permaneciendo ella en una isla con siete turcos sobrevivientes que le guardan “el mismo respeto que si fuera su hermana” (171), pero cuando los recoge un barco turco la venden a un rico mercader judío, quien a su vez la intenta seducir, y al fallar, opta por venderla. Y así aparece Leonisa en venta en Chipre delante del cadí y dos baxáes, espectacularmente vestida “en hábito berberisco, tan bien aderezada y compuesta, que no lo pudiera estar tan bien la más rica mora de Fez ni de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja a todas las africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas” (157) –y siguen los detalles de su lujoso atuendo. Como es tan conocida esta escena, me limitaré a apuntar que “la singular belleza de la cristiana” deja rendidos los corazones de los tres compradores, quienes tienen “esperanza de alcanzarla y de gozarla” (158); el ingenioso resultado maniobrado por el cadí reparte los gastos entre los tres, dejando a Leonisa en casa del cadí bajo el pretexto de mandarla como presente al Gran Señor en nombre de los baxáes Alí y Hazán y reservando así “el uso della” al sultán Selim (159).³

Así, Leonisa llega “entera” a Chipre, aunque todavía le esperan empeños de seducción y la amenaza de violación por parte del cadí además de intentos de rapto por parte de los tres competidores musulmanes. Con una excepción menor –los deseos de la renegada Halima por Ricardo–, toda la vorágine de pasiones y deseos de esta novela gira en torno a ella. Si bien su itinerario hasta su venta en Chipre coincide más o menos con el de casos documentados de cautivas y cautivos, a partir de su llegada a Chipre en hábito berberisco la novela entra en unos recorridos narrativos de pura fantasía. Lo más inverosímil, me parece, es el comportamiento de las altas autoridades musulmanas. Mucho se ha escrito sobre la concupiscencia y pletórica sexualidad de los sultanes o de figuras como Jeredín Barbarroja, Dragut, ‘Ulūy ‘Ali (Uchalí) o Hasan Baxá Veneciano, pero nada de esto justificaría que se enloquecieran por *alcanzar* y *gozar* a una cautiva cristiana en venta, por espectacular que fuera. Todos ellos disfrutaban de múltiples recursos para sus actividades sexuales, y todos eran políticamente astutos. Téngase en cuenta que los dos baxáes de *El amante liberal*, con toda probabilidad, corresponden a ‘Ulūy ‘Ali y Hasan Baxá Veneciano, ambos renegados italianos. No obstante, aparte de su nombre y rango, estos baxáes no comparten prácticamente nada con los personajes históricos tal como los retratan el cautivo Ruy Díaz en *Don Quijote* I, 40 o los cronistas de la época. ‘Ulūy ‘Ali, en particular, era muy respetado y admirado, no sólo por musulmanes sino también por cristianos, a quienes trataba con mucha humanidad, pero el Alí Baxá (otro título de ‘Ulūy ‘Ali) de la novela corta, igual que Hazán Baxá, no es ni la sombra de su modelo histórico: una grotesca caricatura, una encarnación de lujuria fijada en una cautiva. Poco nos ayudará sacar la biografía de cualquiera de estos baxáes históricos, ya que no hay ninguna semejanza entre su perfil y el de los baxáes de esta novela. Y el cadí es

³ Para un análisis más detenido de esta escena –y de toda la novela– véase Hutchinson 81-93.

igual de estrafalario. Cabe la posibilidad de que estos personajes no sean “musulmanes” como tal, a pesar de sus nombres y rangos, sino una especie de reflejo de los compradores de esclavas en tierras cristianas. El propio Trapani, de donde son los protagonistas de esta novela, tenía un gran mercado de esclavos, igual que otras muchas ciudades de las costas como Mesina y Nápoles, donde Cervantes pasó muchos meses. Comentando la transferencia de poder entre baxáes que se está celebrando fuera de Nicosia cuando aparece Leonisa, Carroll Johnson dice que corresponde no tanto a costumbres musulmanas como a la *residencia* practicada por gobernadores cristianos salientes y entrantes, y añade: “The semiotic value of Ottoman society is destabilized. It can stand either for what our society is and should not be, or the reverse, what ours should be but is not” (125). Si la transferencia de poder que tiene lugar dentro de la gran tienda de campaña alude más a la *residencia* cristiana que a prácticas otomanas, no sería arriesgado pensar que la almoneda de Leonisa en esa misma tienda recuerde más la venta de una esclava en tierras cristianas que musulmanas. Las posibles consecuencias para ella –sumisión sexual al dueño, rapto, violación– y las violencias entre competidores no encajan con las prácticas más comunes hacia cautivas en tierras otomanas, donde prevalece el patrón de conversión más o menos voluntaria al islam y matrimonio con el dueño, sin interferencias de rivales.

Hay un juego de espejos en este texto, un ejemplo del cual es la extraña simetría entre Leonisa vestida a la berberisca ante sus compradores y una cautiva tunecina *presentada* a Carlos V en su tienda de campaña durante su invasión de La Goleta y Túnez (según una anécdota recordada por Ricardo): “Le trujeron a presentar una mora por cosa singular en belleza, y que al tiempo que se la presentaron entraban algunos rayos del sol por unas partes de la tienda y daban en los cabellos de la mora, que con los mismos del sol en ser *rubios* competían, *cosa nueva en las moras que siempre se precian de tenerlos negros.*” En su fino análisis sobre el travestismo cultural, Barbara Fuchs comenta la “porosidad entre el cristianismo y el islam en el Mediterráneo oriental”, el “deleite voyeurístico” y la “equivalencia estructural de los españoles a los turcos del argumento principal” (68-70). La anécdota nos cuenta la excitada reacción de los caballeros presentes, sobre todo un poeta andaluz y otro catalán, el primero de los cuales improvisa una quintilla con “consonantes dificultosos”, faltándole las “consonantes necesarias” para acabar la copla, y el otro la completa con otra quintilla “con las mismas consonancias” que equipara el rostro de la mora Axa con una dura piedra preciosa y con una dura lanza de Mahoma que raja sus entrañas. Tanto énfasis en las consonancias debería advertirnos sobre el juego de rima en este poema: sin ser consciente de ello, el andaluz ha elegido las extrañas rimas en *-oma* y *-axa* porque tienen que resonar con *Mahoma* y *Axa* –i.e., ‘Ā’iṣā, nombre de esta cautiva y también de la esposa favorita de Mahoma–, y esto lo intuye enseguida el poeta catalán. La costumbre por parte de todos los editores modernos de suprimir la *x* árabe (y española de la época, sobre todo con palabras de origen árabe) a favor de la *j* moderna hace casi incomprensible este juego, además de corromper el sentido de los nombres árabes

(‘Ā’iṣa = “la que vive”, lejos del feo nombre *Aja*). El poema, con sus rimas restauradas según la edición prínceps, es el siguiente:

Como cuando el sol asoma
 por una montaña baja,
 y de súbito nos toma
 y con su vista nos doma
 nuestra vista y la relaxa;
 como la piedra balaxa,
 que no consiente carcoma,
 tal es el tu rostro, Axa,
 dura lanza de Mahoma,
 que las mis entrañas raxa. (165)⁴

“Bien me suenan al oído”, dice el renegado siciliano Mahamut, y sólo podrían sonar bien de esta manera. Hasta las palabras de origen latino con rima en *-axa* entran en la órbita arabizante e islamizante del lenguaje de este poema, todo como reconocimiento de los encantos de la sensacional cautiva Axa con cabello rubio. Y Carlos V, ¿cómo recibe a su *presente*? Sólo podemos imaginárnoslo, porque la anécdota no dice nada al respecto. Pero esta interesante digresión en el texto nos obliga a ver a las dos bellísimas cautivas como ambivalentes y equiparables desde distintos lados de la frontera étnico-religiosa, y a Carlos V como homólogo cristiano de los competidores musulmanes en Chipre, excepto que no tiene que competir porque es el *imperator* a quien están destinadas por derecho las cautivas más deseables: en el fondo estos grandes señores no serán muy diferentes y, por otra parte, lo que pase en sus tiendas de campaña tampoco será muy diferente. La anécdota también nos sugiere que, por el otro lado de la línea divisoria, los cristianos hacen algo parecido con *sus* esclavas –esclavas que los tienen rendidos, sí, y hasta traspasados de la lanza de Mahoma, pero que en realidad carecen de todo control sobre su destino. Por eso Leonisa va a ser una excepción, porque hará su parte para volver a ser *suya*, igual que otras heroínas cervantinas como Nísida en *La Galatea*, Silvia en *El trato de Argel*, Costanza en *Los baños de Argel* y sobre todo doña Catalina de Oviedo, *La Gran Sultana*, quien se integra en la cúpula del imperio otomano como esposa y futura madre de sultanes mientras se mantiene en la fe cristiana –y cabe apuntar que para el sultán su militante cristianismo y su insistencia en vestirse a la española aumentarán su exotismo, su deseabilidad erótica. En efecto, la literatura española en particular, y no sólo la cervantina, se recrea en el erotismo de las esclavas y su precaria situación sexual, pero luego suele proporcionarles los medios para ser excepciones de cara a la esclavitud y a

⁴Los mismos versos aparecen como una especie de broma en *Los baños de Argel* (vv. 2144-53), en boca del sacristán, provocando la reacción de Cauralí: “¿Es esto de la comedia, o es bufón este cristiano?”

la conversión al islam.

Los textos literarios españoles tienden a distorsionar la esclavitud de mujeres cristianas al representar a los dueños o competidores musulmanes, frecuentemente renegados, como incurablemente libinosos y enamoradizos, hombres que en presencia de una recatada cautiva/esclava cristiana no tienen más remedio que perder la cabeza. A diferencia de la gran mayoría de esclavas cristianas de la época –que acaban convirtiéndose, casándose y teniendo hijos–, la esclava literaria resistirá el doble peligro de la seducción religiosa y sexual y acabará volviéndose a su tierra. Muchas variantes hay, pero en general la ideología político-religiosa favorece semejante argumento.

Veamos brevemente cómo esta predisposición argumental guía la trama de una disparatada novela de Francisco de Lugo y Dávila, *Premiado el amor constante* (1622), donde me enfocaré en la protagonista femenina Zara/Leonora. En un ataque corsario, Jeredín Barbarroja captura a la embarazada madre de Zara, muriendo el padre en la batalla; poco después del parto, vende a la madre mediante un rescate, haciéndole creer que su hija está muerta. La misma Zara cuenta su historia:

Diéronme a criar por hija de Barbarroja, habida en una de sus mujeres, cuya fue la criatura que, en mi trueco, recibió mi mal afortunada madre. Crecí y creció la opinión de mi hermosura y no menos el amor de mi fingido padre, que me crió en sus ritos y ley, esparciendo y confirmando la opinión de que yo era su hija. Llegó a regir el cetro de Túnez y llegó a prometerme la sucesión del reino (tal era el verdadero amor que me tenía), y tal que para representarme mayores obligaciones me refirió muchas veces mi nacimiento, encargándome el secreto de él, igual con el vivir. (86-87)

Con la invasión de Carlos V en Túnez, ella es capturada por soldados alemanes, liberada por su amante Celimo/Carlos y recapturada por las tropas imperiales:

Corrió la voz en corta distancia de tiempo larga distancia de lugares, sin parar hasta la misma persona de la majestad Cesárea, a quien obligó el rumor a mandar que trajesen ante sí la presa que hicieron aquellos soldados, los cuales, gloriosos, y en particular Benavides, valiente español, se presentaron a su príncipe y presentaron a Zara, tan hermosa, entre llantos y aflicciones, que pudo verse ejemplo y acto segundo de Scipión y la doncella carginesa; y en Carlos Quinto mayor valor, mayor virtud y mayor largueza que en el romano. (85)

La alusión a Escipión se refiere a la presentación en Cartagena de una bella e ilustre cautiva, comprometida con un príncipe celtíbero; el joven comandante romano la devuelve “tan entera como estaba antes” (*Floresta española* 358) y así gana un

enorme respeto entre los vencidos. Haciendo “segundo acto de Scipión” y aun superándolo, el virtuoso Carlos V se ocupa únicamente del alma de la hermosa cautiva: “viendo Su Majestad que con tales principios sería fácil reducir a la verdadera fe a la doncella, mandó entregarla al marqués de Aguilar para que, dándola bautismo, la remitiese a España” (88). No obstante, Zara/Leonora, ya libre de “la secta abominable y perversa mahometana”, vuelve a ser capturada y esta vez es llevada al Gran Señor:

la triste que huía las infieles costas, arriba en ellas; y donde un tiempo fui libre, soy esclava; ya me venden; ya de una mano en otra me presentan al Turco; ya, por mi desdicha, se enamora de mí, ya me persigue que vuelva a los primeros errores de mis años; ya me halaga, ya me oprime con terrores y asombros. Por una parte me representa el ocupar el puesto de una sus mujeres; por otra, el poderío de dueño apasionado; aquí el rigor, allí la blandura y la caricia, y yo mujer flaca. (96)

Gracias a los celos de la sultana y la habilidad de un espía doble, consigue escaparse de Istanbul y reunirse con su amante Celimo/Carlos, que ya es un gran corsario cristiano. Los dos protagonistas conectan a las tres figuras más imponentes del momento en el mundo Mediterráneo: Barbarroja, Carlos V y Suleimán el Magnífico. Para Zara/Leonora, el primero es como padre (“fingido” y “bárbaro”, sí, pero que la ama como hija), el segundo como gran príncipe cristiano que trasciende todo deseo carnal, y el tercero como estereotipo del lujurioso sultán incapaz de resistir los encantos de una cautiva y porfiado en que ella se vuelva turca, ceda a sus deseos y se case con él. Aunque Carlos V y Suleimán se encuentran en la misma situación con respecto a la hermosa cautiva *presentada*, su conducta es absolutamente diferente debido a la orientación ideológica de la novela. Una vez más vemos cómo funciona el erotismo y su proyección en el espacio del adversario político-religioso. Aun así, se ve que las intenciones del sultán parecen ser *honradas* por mucho que emplee medios insufribles, reflejando de este modo una manifiesta diferencia entre musulmanes y cristianos en su tratamiento de esclavas. Hasta este Barbarroja literario, al adoptar a una niña robada como hija heredera, demuestra una actitud mucho más abierta, por ejemplo, que la que se evidencia en la Europa cristiana hacia niñas capturadas (v.g. el caso de la hija de Mina en la *Vida* de Miguel de Castro).

En *Marcos de Obregón* (1618), el amo morisco/renegado de Marcos le cuenta la historia del rapto en una razzia de una doncella valenciana por un corsario argelino, Mami Reys, que parece ser renegado, “hombre de gentil determinación, de buen talle, liberal y bien quisto”. Éste y sus compañeros la hallan sola en un molino, tan turbada que no ha podido huir con los demás, y se la llevan:

La hermosura de ella era de manera que dijeron, y con verdad, que tal joya de talle y rostro no se había jamás visto en Argel. El capitán dueño de las

galeotas dijo que estimaba en más aquella presa que si hubiera saqueado a toda Valencia. Ella iba congojadísima y llorosa, y él diciéndole que no fuese desagradecida a su buena fortuna, pues iba a ser señora de toda aquella hacienda y otra mayor y de más importancia, y no a ser esclava como pensaba. Pero la hermosura y apacibilidad del rostro, acompañada con una mansa gravedad, era de modo que se puede decir que siendo de noche dio luz a toda la galeota, a quien todos se rindieron y humillaron como a cosa divina, admirándose que Valencia criase tan soberanas prendas. (II,13; 2:103-04)

Para evitar que la envíen como presente al gran Turco, el corsario desembarca fuera de la ciudad donde tiene viñas y jardines, y en poco tiempo la convierte al islam y se casa con ella: “Ella, que se vio tan obedecida de esclavos y amigos del turco, parece que se fue ablandando y dejando la tristeza que le había causado el cautiverio. Vino, andando el tiempo, a querer bien a su amo, y a casarse con él, dejando su religión verdadera por la del marido, en que vivió con grandísimo gusto seis años o siete, querida, servida, regalada, llena de joyas y perlas, y muy olvidada de haber sido cristiana” (II,13; 2:104). Sin embargo, después de que se rescata a un esclavo menorquín, ella le manda una carta pidiendo que vuelva con un barco cierta noche durante la época en la que su marido está en corso. La valenciana asume el papel de capitana, metiendo en el barco a casi todos los de su casa y toda su riqueza portátil. Durante el viaje, cuando ve el barco de su marido disfrazado como bergantín cristiano, manda que huya su propio barco turco, engañando así a su marido y volviendo a Valencia. El narrador dice que no comprende por qué la valenciana no pudo huir del molino donde fue capturada y no obstante pudo llevar a cabo una hazaña tan atrevida. Haciendo eco de la medicina galénica, Marcos responde que “cuando esa señora era doncella, con la frialdad natural que todas ordinariamente tienen, la trabó el temor los miembros y venas del cuerpo, de manera que no pudo huir ni aun moverse de su lugar; pero después que se casó y la abrigó la fuerza del calor del marido, mejoró su naturaleza y cobró espíritu para acometer esa empresa tan difícil” (II,13; 2:108).

Este desenfadado relato se desvía del guión ideológico estándar en varios aspectos, lo que quizás se pueda explicar en parte por ser morisco/renegado el narrador. Reiteradamente se alaba el buen carácter del corsario y su admirable conducta –¡dentro de lo que cabe!– hacia la cautiva desde el primer momento. Y ella llega a querer a su captor, deja su religión y se casa voluntariamente con él, más o menos como hacían tantas cautivas cristianas (de las no literarias) durante los Siglos de Oro. Así esta transgresora cautiva se convierte en señora de esclavas y vive felizmente casada, algo que escandalizaría a los tratadistas religiosos que escriben sobre Berbería (pseudo-Haedo, Jerónimo Gracián, Pierre Dan, Gabriel Gómez de Losada, etc.). Además, lo que anímicamente le permite emprender el atrevido escape no es otra cosa que “la fuerza del calor del marido” que “mejoró su naturaleza”. El hecho de que se escape, si bien se conforma al patrón literario, constituye una excepción a la regla, ya

que en realidad muy pocas cautivas volvieron a su tierra. Pero en efecto hubo excepciones tan espectaculares como el caso de esta valenciana literaria. Braudel menciona un escape parecido en 1595 cuando una mujer principal con todos sus esclavos y otras muchas personas, 32 en total, se embarcó cerca de Argel y cruzó a Valencia (874). Bartolomé y Lucile Bennassar cuentan otro escape en 1586 organizado por una renegada griega que consiguió que llegara un barco de Nápoles para llevarla junto con su marido renegado catalán, la hija de ellos y otros 22 a Mallorca y luego Roma (341). Otro caso sería el de la Marquesa Dezcana, cautiva sarda cuyo primer dueño la obligaba a escribir a su marido pidiéndole su rescate, y al ver que éste “no hacía caso de rescatarla ni su amo daba lugar a ello”, optó por convertirse al islam y casarse con un renegado italiano. Llamándose Fátima, tuvo un hijo y vivió ocho años en Argel, de 1595 a 1603, hasta que logró escaparse a España, no se sabe exactamente cómo (Martínez Torres 125-26).

Sin duda hubo incontadas esclavas cuya experiencia tuvo muy poco que ver con la de las cautivas/esclavas consideradas aquí. Pero las fuentes literarias y no literarias se dejan guiar por la fantasía masculina, interesándose sobre todo por cautivas bellísimas que encarnan lo moderadamente exótico como sumamente erótico. Coincidencias y divergencias hay entre la literatura y la documentación histórica, ya que la literatura aprovecha la sexualización inherente en el hecho del cautiverio femenino pero se aparta de las verdades históricas cuando éstas son ideológicamente incómodas. Pero las representaciones literarias, sobre todo a través de la pluma de Cervantes, no sólo distorsionan la verdad histórica sino que también revelan las verdades no dichas al señalar los paralelos entre la esclavitud en tierras musulmanas y cristianas. Por un lado y otro hay un tráfico no sólo de hombres sino también de mujeres, un constante movimiento de compras y ventas, regalos y ejercicio de derechos. Desde nuestra perspectiva moderna pocos héroes puede haber entre los esclavistas, pero conviene reconocer que también hubo significativas diferencias en la práctica de la esclavitud femenina entre los países musulmanes y cristianos, además de un desarrollo bastante distinto de la sexualización de las cautivas. Concretamente, la asimilación, por imperfecta que fuera, de cautivas/esclavas cristianas (o *renegadas*) dentro de las sociedades berberiscas y la turca mediante el matrimonio contrasta con el tratamiento de esclavas como propiedad sexual inasimilable en las sociedades cristianas. Por ambos lados, sin embargo, la esclava misma ocupa un espacio propio cuyos parámetros quedan fuera de la culpa y la moral: sexualizada al máximo, la esclava (a diferencia de la prostituta o la cortesana, por ejemplo, y también lejos de la mujer honrada) permanece inocente. Semejante conjunto de contradicciones y paradojas sólo son posibles en una fantasía forjada en las aguas y las costas de un Mediterráneo cercano y exótico al mismo tiempo.

Obras citadas

- Balbuena, Bernardo de. *El Bernardo*. Madrid: Gaspar y Roig, 1852.
- Bennassar, Bartolomé & Lucile. Trad. José Luis Gil Aristu. *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*. Madrid: Nerea, 1989.
- Braudel, Fernand. Trad. Siân Reynolds. *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*. 2 vols. London: Harper, 1972.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad. “La figura de la cautiva en España (vida y literatura)”. Eds. Michele Bernardini, Clara Borrelli, Anna Cerbo & Encarnación Sánchez García. *Europa e islam tra i secoli XIV e XVI / Europe and Islam between 14th and 16th Centuries*. 2 vols. Napoli: Istituto Universitario Orientale, 2002. II, 883-907.
- Castro, Miguel de. Ed. A. Paz y Melia. *Vida del soldado español Miguel de Castro (1593-1612)*. Barcelona: Biblioteca Hispánica, 1900.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. Ed. Juan Bautista Avalle-Arce. *La Galatea*. Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- . *El amante liberal*. En Harry Sieber ed. *Novelas ejemplares*. 2 vols. Madrid: Cátedra, 1980. I, 137-88.
- . *El trato de Argel, La Gran Sultana, Los baños de Argel*. En *Obras completas*. CD-Rom. Alcalá: Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- Dan, Pierre. *Histoire de Barbarie*. Paris: Pierre Rocolet, 1646.
- De la Granja, Fernando. *Maqāmas y risālas andaluzas*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1976.
- Epalza, Mikel de. *Los moriscos antes y después de la expulsión*. Madrid: MAPFRE, 1992.
- Espinel, Vicente. Ed. M^a Soledad Carrasco Urgoiti. *Vida del escudero Marcos de Obregón* [1618]. 2 vols. Madrid: Castalia, 1980.
- Floresta española* [publicada como *La península a principios del siglo XVII*]. *Revue Hispanique* 34 (1915): 300-565.
- Fuchs, Barbara. *Passing for Spain: Cervantes and the Fictions of Identity*. Chicago: University of Illinois Press, 2003.
- Gómez de Losada, fray Gabriel. *Escuela de trabajos*. Madrid: Julián de Paredes, 1670.
- Gracián, Jerónimo. Ed. Luis Rosales. *Crónica de cautiverio y de misión*. Madrid: Ediciones Fe, 1942.
- [pseudo-]Haedo, fray Diego de [1612]. Ed. Ignacio Bauer y Landauer. *Topografía e historia general de Argel*. 3 vols. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1927.
- Hutchinson, Steven. *Economía ética en Cervantes*. Alcalá: Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- Johnson, Carroll B. *Cervantes and the Material World*. Chicago: University of Illinois Press, 2000.
- Levisi, Margarita. *Autobiografías del Siglo de Oro. Jerónimo de Pasamonte, Alonso*

- de Contreras, Miguel de Castro*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1984.
- Lugo y Dávila, Francisco de. *Premiado el amor constante*. Ed. Emilio Cotarelo y Mori. *Teatro popular (novelas) de Francisco Lugo y Dávila*. Madrid: Real Academia Española, 1906. 73-105.
- Martínez Torres, José Antonio. *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVII)*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2004.
- Orsoni-Avila, Françoise. *Les esclaves de Lucena (1539-1700)*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1997.
- Pérez de Montalbán, Juan. *La desgraciada amistad*. Ed. Luigi Giuliani. *Sucesos y prodigios de amor*. Barcelona: Montesinos, 1992. 213-57.
- Pope, Randolph D. *La autobiografía española hasta Torres Villarroel*. Frankfurt: Peter Lang, 1974.
- Romancero general (1600, 1604, 1605)*. Ed. Ángel González Palencia. Madrid: CSIC, 1947.
- Schick, Irvin Cemil. *The Erotic Margin: Sexuality and Spatiality in Alteritist Discourse*. New York: Verso, 1999.
- Sola, Emilio. "Historias de la frontera y oralidad: una cautiva que llega a gran sultana." Eds. M^a Cruz García de Enterría, Henry Ettinghausen, Víctor Infantes & Augustin Redondo. *Las «Relaciones de sucesos» en España (1500-1750)*. Alcalá e Henares: Universidad de Alcalá, 1996. 339-48.
- Stella, Alessandro. "'Herrado en el rostro con una S y un clavo': l'homme-animal dans l'Espagne des XVIe-XVIIe siècles." Ed. Henri Bresc. *Figures de l'esclave au Moyen-Age et dans le monde moderne*. Paris: Éditions L'Harmattan, 1996. 147-63.
- . *Histoires d'esclaves dans la Péninsule Ibérique*. Paris: Édition de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2000.
- Vincent, Bernard. "L'esclavage moderne en Péninsule Ibérique". Eds. Roberto J. López & Domingo L. González Lopo. *Balance de la historiografía modernista 1973-2001*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 2003. 445-52.
- Zayas, María de. *El juez de su causa*. En *Novelas amorosas y ejemplares*. Barcelona: Ediciones Orbis, 1983. 294-316.
- . Ed. Alicia Yllera. *Desengaños amorosos*. Madrid: Cátedra, 1983.